

# Bilbao, novela negra

No existe una forma pacífica e inocente de referirse a este tipo de literatura, de ahí que sea conocida con muchos apelativos, cada uno de ellos con un peculiar matiz: *detection story* (novela de detección) en Gran Bretaña, novela negra, novela criminal, *polar* en Francia..., pero todos nos entendemos cuando nos referimos a “novela policíaca”

ESA variedad de denominaciones responde sin embargo a ciertas diferencias de matiz o particularidades del género. En la “*detection story*” la gracia de la historia suele estar en la dificultad de llegar a descubrir al asesino, el medio social en el que se desarrolla la historia suele ser acomodado o francamente alto, los medios del crimen complejos y la dificultad casi nunca radica en coger físicamente al criminal sino en llegar a interpretar, en comprender, la confusas pistas del delito y a veces las extrañas motivaciones del delincuente: en descubrir al criminal. En muchos casos, el investigador ni siquiera es un funcionario público sino que suele ser un afamado detective privado, o incluso un abogado (*Perry Mason*, *Licinio Salinas*); *Sherlock Holmes*, *Hercules Poirot*... o bien puede ser también un personaje colocado, como por casualidad, en el lugar del crimen: el padre *Brown* (Chesterton), *Mrs. Marple* (Agatha Christie), el rabino *David Small* (H. Kemelman). Es muy significativa la importancia que tanto en el caso del padre Brown como en el del rabino Small tiene en la investigación del delito el sentido teológico del Mal que tienen ambos “detectives”, y son precisamente estos dos los que me llevan a pensar que en el fondo de toda novela policíaca hay una inevitable cuestión teológica, naturalmente no explícita en torno a la libertad humana y en torno al Mal.

La “*detection story*” encuentra su matiz social e intelectual en las islas británicas y es entre los súbditos de



alcanza su máximo desarrollo la organización policial y judicial, en ese ambiente se da la libertad y el anonimato que permite el doble juego de los personajes de la novela policíaca detectivesca. No tiene por qué tratarse de una gran ciudad, pero en todo caso tienen que estar involucradas gentes de la ciudad, aun cuando los hechos puedan llegar a suceder en el campo.

Además del desarrollo económico hacen falta también unas instituciones jurídicas dotadas de legitimidad que permitan creer en una forma de justicia legal: en el fondo de la novela policíaca subyace una convicción justiciera, incluso una notable moralina. Esa Justicia será todo lo deficiente, en ocasiones venal, que se quiera, pero debe ser una Justicia al fin y al cabo. Y además de la Justicia: la libertad. Es decir, es imprescindible la libertad de expresión, la capacidad crítica

continuar la saga con la misma localización: Bilbao, y en general el País Vasco con el mismo personaje principal: Felicidad Olaizola, una inspectora de la Ertzaintza.

A pesar de que entre nosotros se dan los requisitos de desarrollo social y político que permiten la ficción policíaca, no es fácil, en el País Vasco, azotado por el terrorismo, crear, ni siquiera en la ficción, la normalidad social necesaria para justificar el interés por una investigación policial, en la que a fin de cuentas se dedican grandes esfuerzos a restaurar un orden legal roto puntualmente por un asesinato aislado. Sin embargo, aun admitiendo que hay que forzar un poco las cosas, creo que ha llegado el momento de intentar el esfuerzo de imaginación preciso para pensar una sociedad en la que el crimen violento, cualquiera que sea su motivación, sea una excepcionalidad, una monstruosidad que nos interpele y nos permita fantasear sobre las motivaciones, los modos y las circunstancias en que tamaña cosa pueda producirse. Felicidad Olaizola, inspectora de la Ertzaintza, vive en esa sociedad y en *Brocheta de carne* trabaja en una investigación sobre unos extraños crímenes sexua-

les ocurridos en Bilbao en los que se ven involucrados una conocida tertulia bilbaína, un pastor luterano, un teniente de alcalde, una arraigada familia china y un distinguido club lésbico de la Villa.

Javier Otaola

**En el fondo de la novela policíaca subyace una convicción justiciera, incluso una notable moralina**

Su Graciosa Majestad entre los que ha tenido más adeptos y una mayor pléyade de creadores. Además de los ya citados, tenemos en nuestra librerías multitud de títulos de Julian Symons, P. D. James —también en su obra hay una innegable resonancia cristiana en el análisis de los personajes que por una razón u otra se ven envueltos en el crimen o en su investigación—, Ruth Rendell...

Siempre me ha llamado la atención la superioridad de la literatura anglosajona respecto a la hispana en este terreno, no sólo en cuanto a la creación sino también en cuanto al disfrute, siendo por lo demás la literatura en español lo suficientemente creativa como para brillar en cualquier género, pero este hecho no es una casualidad. La implantación del gusto por la novela detectivesca requería de varias condiciones materiales y mentales que se dan con creces en las Islas. En primer lugar, un cierto desarrollo económico con la consiguiente “urbanización” de las costumbres y una extensa clase media. Sólo en el ambiente ciudadano

para ver la sombra del crimen en medio de la sociedad, para criticar las torpezas de la policía, de los poderes económicos o sociales que pueden verse involucrados en el crimen. Son habituales entre los famosos detectives de ficción las actitudes de superioridad frente a los métodos de la policía, o bien por su supuesta falta de imaginación, o bien por los hábitos de la mentalidad burocrática. Son proverbiales la fanfarronería y el sentimiento de superioridad intelectual de *Sherlock Holmes*: “Elemental, querido Watson”, o de *Hercules Poirot*, o de *Nero Wolf*, o la superioridad moral con la que miran a la policía personajes como *Carvalho* (Vázquez Montalbán) o *Philip Marlowe* (Raymond Chandler).

Como lector empedernido de novelas policíacas he incurrido como otros en la tentación de escribir una, con el contumaz propósito de